

educación y Biblioteca



Dossier

Los maestros que perdimos: Mantecón

Bibliotecas públicas

La cruzada de Sergio por una biblioteca

En primera persona

Entrevista a Francesco Tonucci

Índice 2003



ALTAMIRA

BUÑUEL

GARCIA LORCA

NERUDA

V.I.LENIN

MAX AUB

APIANO

AZAÑA
TOUSSAINT

VICENS

DOSSIER

Los maestros que
perdimos los bibliotecarios:
José Ignacio Mantecón



Coordinado por Ramón Salaberria

Los maestros que perdimos los bibliotecarios (En España)

"Perdimos. No lo admití hasta ahora que regresé. Creía que, a pesar de todo, quedaba vivo nuestro recuerdo, nuestro rastro; que la gente no hablaba, no escribía acerca de nosotros porque no podía, porque se lo prohibían, por miedo. Tal vez fue cierto los primeros tiempos, pero después, en seguida, sencillamente fuimos borrados del mapa"

Max Aub

Juan Ramón Jiménez escribía, desde su exilio en Puerto Rico: "España sale de España". Más de medio millón de españoles salieron o fueron lanzados tras la victoria fascista. En *El exilio español de 1939*, José Luis Abellán calculó en cerca de 5.000 el número de los intelectuales que salieron ("entendiendo por tales aquellos que tuvieran una cierta notoriedad en profesiones liberales, artísticas, científicas y docentes"). A México se calcula que llegaron entre 30.000 y 40.000 exiliados (6 o 7 rectores, 45 catedráticos de Filosofía y Letras e Historia, 36 de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, 55 de Derecho, 70 de Medicina, 12 de Farmacia y otros 151 de distintas facultades. Florencio Santamaría, catalán, cenetista y obrero textil, describiría años más tarde a los 1.599 exiliados que llegaron en el buque *Sinaia* a Veracruz en junio de 1939: "sí, gente acomodada porque cuando bajamos del barco, había gente que bajaba con sombrero, las señoras sobre todo y hombres también. El hecho de llevar sombrero sí significaba algo, por lo menos en España").

Los bibliotecarios españoles no llegaron a un territorio yermo en biblioteconomía, como el frecuente complejo de superioridad español respecto a Latinoamérica pudiera hacer suponer. Ya existía una rica tradición en investigación, enseñanza y edición de obras de carácter bibliotecónomo. Así, al poco de llegar a México, Juan Vicéns resaltaré las obras ("de gran valía") de Juan B. Iguíniz (*Instrucciones para la redacción y formación de los catálogos bibliográficos según el sistema de Melvil Dewey, adaptadas a las bibliotecas hispano-americanas*, 1919), Juana Manrique de Lara (*Nociones elementales para la organización y administración de una pequeña Biblioteca*, 1926; *Elementos de organización y administración de Bibliotecas escolares*, 1929; *Guía de*

encabezamientos de materia para los catálogos diccionarios, 1934), María Teresa Chávez (*Breves notas para el curso elemental vespertino de bibliología, catalogación, administración de Bibliotecas, selección de libros y servicio de consulta*, 1934), Atenógenes Santamaría (*Clasificación bibliográfica decimal*, 1941) y las *Reglas catalográficas y sistema abreviado de clasificación*, editada por la Secretaría de Educación Pública en 1928.

Saúl Armendáriz, actual coordinador de la Biblioteca Conjunta de Ciencias de la Tierra de la Universidad Nacional Autónoma de México y presidente de la Asociación Mexicana de Bibliotecarios (se licenció en la Escuela Nacional de Bibliotecología y Archivonomía, de la que es profesor), junto con la historiadora Magdalena Ordóñez, realizaron el estudio *La aportación de los refugiados españoles a la Bibliotecología Mexicana*. En lo referente a los bibliotecarios que se exiliaron en México, señalan en sus conclusiones:

"Su aportación a la educación permitió a los jóvenes de ese momento contar con un panorama más amplio de los temas bibliotecológicos y archivísticos que existían en esos años, debido a que la visión que tenía este grupo contaba con matices diferentes a los que se conocían en México, los cuales se complementaron formando una importante amalgama que permitió en parte sentar las bases de la biblioteconomía moderna mexicana. Su colaboración con los prestigiados bibliotecarios mexicanos dieron como origen nuevos elementos en la teoría biblioteconómica, abriendo diferentes expectativas en la solución de problemas.

En la bibliografía y restauración mostraron elementos importantes que dieron como origen grandes obras de uso académico y técnico, formando a jóvenes estudiantes".

Los exiliados republicanos, además de su docencia e investigación, aportaron una serie de obras fundamentales para el desarrollo biblioteconómico latinoamericano. En 1949, Juan Almela Meliá publica en México sobre algo de lo que no existía apenas bibliografía en español: el *Manual de reparación y conservación de libros, estampas y manuscritos*. Agotado el manual, Almela preparó una edición más amplia: *Higiene y terapéutica del libro* (editado por el Fondo de Cultura Económica en 1956 y 1976). Hubo otros muchos manuales ya casi clásicos: de Millares Carlo, además de los tratados de paleografía española, la *Historia de la literatura latina* (México, 1950) e *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas* (México, 1971), ambos con numerosas ediciones y reimpresiones; de Juan Vicéns, el *Manual del Catálogo-Diccionario* (México: Atlante, 1942) y, sobre todo, *Cómo organizar bibliotecas* (México: Atlante, 1946 y reimpresiones en Grijalbo en 1962 y 1981. En total se tiraron 9.000 ejemplares). De estos dos libros de Vicéns, señalan Armendáriz y Ordóñez en el estudio citado: "Estas obras fueron consideradas de consulta obligada en la organización de nuestras bibliotecas en ese momento, así como libros de texto para los estudiantes en la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas". Otro gran trabajo fue el *Album de Paleografía Hispanoamericana de los siglos XVI y XVII* de Millares Carlo y Mantecón (México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1955, tres volúmenes; reimpresión en Barcelona: El Albir, 1975).

En la universidad española hubo que esperar sentados hasta que por allá en la década de los 90 se pudiera obtener un título superior en Documentación: una licenciatura, por ejemplo. En la España de los 40 y 50, en las escasas estructuras de formación de archiveros y bibliotecarios existentes, el predominio de las sotanas fue abrumador. El tufo de la alianza Falange e Iglesia impregnó la mortecina vida de las bibliotecas de los municipios españoles. No está de más recordar que Amnistía Internacional ha definido el régimen franquista como uno de los más represivos en la Europa occidental durante el siglo XX.

En México

▣ **Agustín Millares Carlo** (Las Palmas de Gran Canaria, 1893-1980). Historiador, paleógrafo, filólogo, bibliógrafo y traductor. Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Central de Madrid y catedrático de Paleografía, Diplomática y Latín Medieval en esa universidad. Miembro de la Academia de la Historia. Director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires. Director del Archivo-



Dibujo a lápiz de Mantecón por Juan Lafita en sus años en el Archivo General de Indias. En la dedicatoria se lee: "A José Ignacio con afecto ya arqueológico (y archivero). Colegialmente Juan Lafita. Sevilla 1931".

biblioteca del Ayuntamiento de Madrid. Se exilia en México en 1939. Catedrático de paleografía española y de lengua y literatura latina en la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor en la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas. En 1952 regresa por primera vez a España, pero se le impide reincorporarse a su cátedra madrileña (le alegan que por masón) y retorna a México. En 1959 eleva una instancia de reingreso en su cátedra de Paleografía en Madrid. Ante el silencio administrativo del Gobierno español, decide aceptar la oferta de dirigir la Biblioteca General de la Universidad de Zulia, cerca de Maracibo (Venezuela), y dar clases. Doctor "honoris causa" por las universidades de Zulia y La Laguna. Autor de una extensa obra, el profesor José Antonio Moreiro empleó más de cien páginas para presentar la bibliografía de este gran sabio.

☞ **Juan Vicéns** (Zaragoza, 1895-Pekín, 1959). Inspector de las Bibliotecas Públicas Municipales de la España republicana y de las creadas por Misiones Pedagógicas. Oposita al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Toma parte en el "II Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografía" de 1935. Tesis doctoral sobre *Métodos de circulación de libros y de coordinación de bibliotecas*. En el período de la guerra, junto con Teresa Andrés, responsable de la Sección de Bibliotecas en la organización Cultura Popular. Responsable de Bibliotecas Generales en el Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Tesoro Artístico. Delegado de propaganda del gobierno de la República en Francia. En 1938 publica *L'Espagne vivante*, que expone el transcurso y desarrollo de las bibliotecas populares en la II República. En 1940 se exilia en México. Da clases en la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas. Bibliotecario de las Bibliotecas Populares del Departamento del Distrito Federal y de otras instituciones. Publica artículos biblioteconómicos hasta finales de los años cuarenta. En 1954 se traslada a Moscú y en 1956 a Pekín. Publica los libros *Manual del Catálogo-Diccionario* (México, 1942; que desde 1935 ya estaba previsto por la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros para Bibliotecas Públicas dentro de su programa de "biblioteca de manuales" sobre las modernas tendencias de la biblioteconomía) y *Cómo organizar bibliotecas* (México, 1946, reimpresiones en Grijalbo en 1962 y 1981); también, un manual ya proyectado en los años de la República.

☞ **Víctor Rico** (Ferrol, 1900-México, 195?). Historiador. Director general de seguridad en el gobierno de Negrín. Llega a México en 1940. Profesor titular de la cátedra de Historia de la Historiografía en la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas.

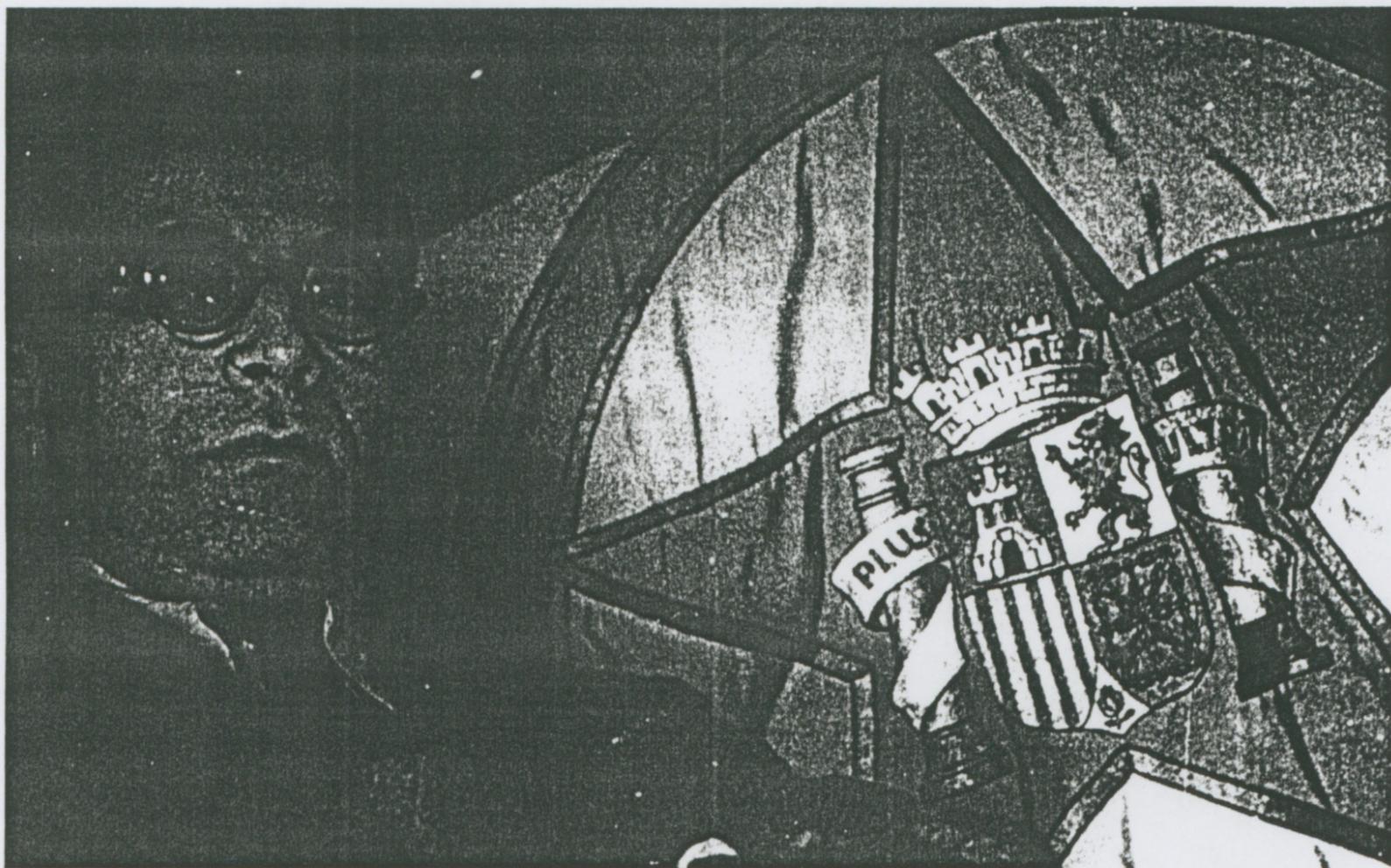
☞ **Ramón Iglesia** (Santiago de Compostela, 1905-Madison, Wisconsin, 1948). Historiador, ingresa en 1930 en el Centro de Estudios Históricos, donde dirigirá la Sección Hispanoamérica. Facultativo en la Biblioteca Nacional. Sustituye en 1932 a Millares Carlo como director de la Comisión de Biblioteca del Ateneo de Madrid. En agosto de 1936, vocal de la Comisión Gestora del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, con Tomás Navarro Tomás de presidente y Juan Vicéns como secretario. Capitán del Estado Mayor del ejército republicano. Exiliado en México, imparte la cátedra de Introducción al Estudio de la Historia en El Colegio de México. Posteriormente se traslada a los Estados Unidos, donde fue profesor de las universidades de California, de Illinois y de Wisconsin, donde se suicida.

☞ **Concepción Muedra**. Paleógrafa. Profesora auxiliar de Historia Medieval de la Universidad Central de Madrid en 1932. Responsable de Archivos Provinciales en el Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Tesoro Artístico durante parte de la guerra. Exiliada en México, a mediados de los años cuarenta colabora con Mantecón y Millares Carlo en la catalogación de los libros de los siglos XVI y XVII existentes en la Biblioteca Nacional de México y dará clases en la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas. Investigadora en El Colegio de México entre 1941 y 1967.

☞ **Fernando López Valencia** (Madrid, 1905). Encuadernador. Estudia siete años en la Escuela de Artes y Oficios de Madrid y en la Escuela Nacional de Artes Gráficas. Exiliado en México, se encargó de los trabajos especiales de encuadernación de varios presidentes de la República Mexicana y de los más destacados intelectuales. Encargado de la sala de libros "Raros e incunables" de la Biblioteca Nacional. Maestro de los mejores encuadernadores de México.

☞ **Alfonso Ayensa** (Madrid, 1906-México, 1983). Abogado, bibliógrafo, maestro. Estudia derecho en la Universidad Central de Madrid. Miembro de la redacción de los periódicos *Heraldo de Madrid* y *El Liberal*. Se exilia en Francia en 1939 y en México en 1952. Director del Servicio Bibliográfico y Archivo Técnico del Banco de México. Profesor de Técnicas de Investigación Documental y Canales de Información del Colegio de Biblioteconomía de la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre sus publicaciones: *Bibliografía Industrial de México*, 18 volúmenes; *Boletín Mensual de Investigaciones Industriales*; *Introducción bibliográfica a la ciencia de la ciencia* (México, 1977), en coautoría con Ramiro Lafuente, y *Repertorio bibliográfico de ciencia y tecnología* (México, 1981).

☞ **Julián Amo** (Valencia, 1908). Abogado, profesor, bibliógrafo. Director del Instituto Mora de Toledo (1934-1937) y del Instituto de Gandía (1937-1938). Se exilia en México en 1939, donde trabajará como bibliógrafo, profesor de la Universidad Motolinía y colaborador de periódicos y revistas. Entre sus obras destacan: *Normas para la organización de bibliotecas* (1935), *Resumen de bibliografía española* (1936), *Anuario bibliográfico mexicano de 1940*. *Catálogo de catálogos e índice de periódicos* (México, 1942); *Anuario Bibliográfico Mexicano de 1941 y 1942*; *Bibliografía de bibliografías y bibliotecas de la capital* (México, 1944) y, en colaboración con Charmion Shelby, con prólogo de Alfonso Reyes, *La obra impresa de los intelectuales españoles en América, 1936-1945*, elaborada en la Biblioteca del Congreso de Washington, y editada por Stanford Univer-



© Archivo Mantecón

José Ignacio Mantecón, Comisario del Ejército Popular de la República, 1937.

sity Press en 1950 (reimpresión por ANABAD en 1994). Un libro curioso del profesor Julián Amo es *Método de trabajo intelectual* (México, 1939) cuyo subtítulo lo dice todo: "Resumen de conferencia a bordo del tembloroso *Ipanema* en la travesía de Burdeos-Veracruz, acompañado de: -a) un test. -b) una relación de libros recomendables. -c) títulos para una colección de música selecta. -d) un resumen de bibliografía española y otro de libros sobre la guerra civil". El libro se dedica "al grupo reducido e involuible de alumnos y profesores del Instituto de segunda enseñanza de Gandía, que supieron renunciar a sus vacaciones para producir el espléndido catálogo en fichas de la biblioteca de aquel Centro". Es decir, bibliotecas escolares en la República en guerra.

📖 **Juan Almela Meliá y Emilia Castell** van a desarrollar en México las técnicas de restauración y conservación de libros y documentos. En 1936 se trasladan a Suiza y en 1942 a México. Ese mismo año establecen el taller de restauración en el Museo Nacional de Antropología e Historia. En 1953 Juan Almela será profesor en la cátedra sobre conservación y reparación de libros y documentos históricos de la Universidad Nacional Autónoma de México. En 1956 inauguran las instalaciones del laboratorio-taller en la Biblioteca Central de esta universidad. Con charlas y cursos no reglados forman a numerosos bibliotecarios y archivistas mexicanos. Juan

Almela publica *Manual de conservación de libros, estampas y manuscritos* (México, 1949) e *Higiene y terapéutica del libro* (México, 1956 y reimpreso en 1976). Juan Almela fallece en 1970 y Emilia Castell se jubila en 1982 de su puesto en el laboratorio-taller. Fallece en 1991.

Mantecón

José Ignacio Mantecón (Zaragoza, 1902- México, 1982). Cursa Filosofía y Letras y Derecho en la Universidad de Zaragoza. Doctor en Derecho por la Universidad Central de Madrid en 1925. Gana las oposiciones al Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Destinado al Archivo de Indias (1925-1933) y posteriormente al Archivo de la Delegación de Hacienda de Sevilla. Desde los 15 años, republicano: "Contribuí todo lo que pude a la caída de la monarquía" (1). Al proclamarse la República forma parte de Acción Republicana (el partido que lidera Azaña).

Durante la guerra civil ayuda a formar las Milicias Aragonesas. Comisario del Ejército del Este; gobernador general de Aragón en 1937: "De las ciudades [durante la guerra en el frente] yo tenía pocas noticias. Juanito Vicéns organizó las bibliotecas del soldado, era del Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios. Juanito Vicéns, murió en Pekín, el pobre... Me llamó

varias veces para que yo interviniera en eso, ya que soy del Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios. Y yo le dije que no. Y se quedaron muy escandalizados. Yo tenía mucho trabajo en el frente y los soldados hubieran considerado que yo me había rajado”.

Terminada la guerra, le nombran en París secretario general del Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles (SERE), para organizar las expediciones de exiliados a México. En mayo de 1940 comienza el ataque alemán contra Francia. Mantecón es internado en un campo de concentración francés para españoles republicanos durante mes y medio: “Primero, a pelar patatas. Luego, con Max Aub, a limpiar retretes”. Negrín consigue, por medio de la embajada mexicana, sacarlo del campo y embarcarlo a México.

Al poco de llegar establece relación con los bibliotecarios mexicanos a través de don Francisco Gamoneda, un viejo emigrado asturiano que estuvo en la guerra de Filipinas, un hombre extraordinario. Mantecón, más tarde, le organizará un homenaje y le denominará “el don Quijote de las bibliotecas”: organizó el archivo y la biblioteca de la Secretaría de Hacienda, la biblioteca del Distrito Federal y de sus Bibliotecas Populares... Gamoneda, Vicéns, Mantecón y Millares Carlo formarán a los bibliotecarios mexicanos que ejercían sin título: “Era muy divertido: comenzábamos a las 7 de la mañana hasta las 9, que comenzaban a trabajar. Les dimos, durante dos años y sin cobrar, de una manera concentrada, los fundamentos biblioteconómicos”. Su primer trabajo remunerado fue una beca de El Colegio de México, en el período 44-45. “En 1944 hubo un congreso de bibliotecarios en México. Asistí y me nombraron presidente de la sección de Archivos. Hicimos un escrito en virtud de cual se creó la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas en 1945. Ahí di clases [de Paleografía, Catalogación e Historia del Libro, hasta 1964] y simultáneamente tenía la beca de El Colegio de México para que con Millares hiciéramos el índice y extracto de los protocolos del siglo XVI de México, dos tomos”. A partir de mediados de los cincuenta trabajará en el Instituto de Investigaciones Estéticas y, luego, en el de Investigaciones Bibliográficas. Imparte varias cátedras (Bibliología, Bibliotecología Comparada, Catalogación Descriptiva de Archivos, Maestría en Archivología y segundo curso de Bibliografía Mexicana), entre 1963 y 1977; en el Colegio de Bibliotecología y Archivología de la Facultad de Filosofía y Letras.

A finales de los cuarenta se cercioró de que estadounidenses y británicos no querían una España republicana: “Me hice comunista”. Esa fue una razón. La otra es que “entré en 1948 en el PCE porque se puso de moda ser anticomunista. Y me dio tanta vergüenza, que la gente que había lamido el

culo a los comunistas, perdone usted la manera de hablar, durante toda la guerra, aquí fueran anticomunistas, que por llevar la contraria me hice comunista. Aunque mis fundamentos eran comunistas yo entré al Partido por el anticomunismo reinante”.

Ya con 76 años se consideraba “un trabajador intelectual” porque no llegaba a “intelectual”. Precisaba: “No soy modesto, soy muy orgulloso. Tanto esperaba de mí que creo que no he hecho nada de lo que debía hacer en toda mi vida. Creo que mi vida es inútil. No es caso de modestia, sino de soberbia”. En 1978 la Universidad Nacional Autónoma de México le concede la “Medalla al Mérito Bibliotecario”. Nunca regresará a España.

Entre sus obras más importantes: *Ensayo de una bibliografía de bibliografías mexicanas* (coautor con Millares Carlo, 1943) y el *Índice de nombres latinos de ciudades con imprenta, 1448-1825* (1973).

3 voces

Vicenta Cortés pertenece desde 1954 al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, ha trabajado, entre otros destinos, en el Archivo General de Indias y el Archivo Histórico Nacional, y durante años como Inspectora General de Archivos (ocho años presidenta de ANABAD, la asociación de archiveros y bibliotecarios). En un artículo de homenaje a Vicéns, Mantecón y Luis Florén—bibliotecario exiliado en República Dominicana y Colombia— escribía: “Solamente tratamos de alertar sobre lo mucho que trabajaron estos colegas y amigos de América, cuya tarea y publicaciones, por supuesto, nos perdimos doblemente los que nos habíamos quedado aquí. Digo doblemente porque nos vimos privados de su acción directa. Pero es que, por la misma razón, sus libros sólo los conocimos cuando pudimos salir, entonces los descubrimos, ya que en nuestras bibliotecas no se encontraban”.

Alicia Girón, directora de la Biblioteca Universitaria de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, y anteriormente de la Biblioteca Nacional y de las Bibliotecas Populares de Madrid, me señalaba recientemente cómo en una ocasión pudo asistir a unas conferencias que dio en España Agustín Millares Carlo: “Entonces me di todavía más cuenta de lo que nos habíamos perdido los bibliotecarios en España”.

Blanca Calvo, directora de la Biblioteca Pública de Guadalajara, participó en el homenaje que la Residencia de Estudiantes realizó a María Luisa González (archivera bibliotecaria, exiliada en Moscú) y su marido Juan Vicéns, el 2 de marzo de 1999. Allí expuso que “los manuales de Juan Vicéns son de una claridad extraordinaria (...) Envidio a los bibliotecarios

rios mexicanos que tuvieron la suerte de usarlos; ojalá los españoles hubiéramos tenido la suerte de formarnos con un maestro tan sencillo y ejemplar”.

Pero esos manuales habían estado destinados a los bibliotecarios españoles. Así lo señala Vicéns en sus advertencias preliminares al *Manual del Catálogo-Diccionario*: “Cuando este manual fué redactado se notaba por todas partes en España una gran ansia de instrucción y de cultura que había hecho surgir, aparte de las del Estado, una gran cantidad de bibliotecas debidas a la iniciativa privada. Muchas de ellas estaban servidas por personas abnegadas que, después de su trabajo profesional de cada día, destinaban unas horas, desinteresadamente, a ese trabajo para el que no estaban preparados. Este manual fue redactado pensando en esos bibliotecarios y en lo necesario que

era que pudieran al menos disponer de manuales fáciles de comprender, pero completos.

Los acontecimientos que desde 1935 [que es cuando fue redactado, para ser publicado por la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros] han tenido lugar en España son causa de que este manual se publique fuera de ella. Espero que sea útil a muchos bibliotecarios de los diversos países de lengua española”. ☺

Ramón Salaberria

Nota

(1) Las palabras de Mantecón citadas en esta sección provienen de la entrevista que le realizó Marisol Alonso, en los meses de octubre y noviembre de 1978. Véase bibliografía.

Para saber más



“Aragoneses en el exilio: Vicéns de la Llave, Mantecón, Sánchez Ventura” [dossier]. *Trébede*, n. 43, octubre 2000, pp. 15-65.

Archivo de Historia Oral. Dirección de Estudios Históricos - INAH/Ministerio de Asuntos Exteriores. *Entrevista realizada al señor José Ignacio Mantecón por Marisol Alonso, en los meses de octubre y noviembre de 1978*. PHO/10/8.

ARMENDÁRIZ, S.; ORDÓÑEZ, M.M.: “La aportación de los refugiados españoles a la Bibliotecología Mexicana: notas para su estudio”. En *Proyecto Clío*, n. 8 (clio.rediris.es/clionet/articulos/exiliados.htm)

CALVO, B.: “Homenaje a María Luisa González y Juan Vicéns de la Llave (Residencia de Estudiantes, Madrid, 2 de marzo de 1999)”. En *EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA*, n. 108, enero 2000, pp. 17-22.

CORTÉS ALONSO, V.: “Recuperar la memoria”. En *Trébede*, n. 43, octubre 2000, pp. 44-46.

El exilio español en México 1939-1982. México: Salvat; Fondo de Cultura Económica, 1982.

GARCÍA EJARQUE, L.: *Historia de la lectura pública en España*. Gijón: Trea, 2000.

“HOMENAJE a José Ignacio Mantecón” [número homenaje]. *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, n. 18-19, 1981-1982.

“JOSÉ Ignacio Mantecón, centenario de un exiliado” [dossier]. *Trébede*, n. 67, septiembre 2002, pp. 31-89.

“JUAN Vicéns, bibliotecario republicano” [dossier]. En *EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA*, n. 108, enero 2000, pp. 5-33.

LEÓN-PORTILLA, A.H.: “Entrevista a José Ignacio Mantecón Navasal”. En *España desde México: vida y testimonio de transterrados*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, pp. 239-256.

MOREIRO GONZÁLEZ, J.A.: *Agustín Millares Carlo: el hombre y el sabio*. Islas Canarias: Gobierno de Canarias, 1989.

OTERO CARVAJAL, L.E.: “La destrucción de la ciencia en España. Las consecuencias del triunfo militar de la España franquista”. En *Historia y Comunicación Social*, n. 6, 2001, pp. 149-186. (www.ucm.es/info/hcontemp/leoc/indexleoc.htm)

QUIROZ FLORES, M.R.: “Semblanza del matrimonio de los señores Almela, Juan Almela y Emilia Castell Núñez”. En *Biblioteca Universitaria*, vol. VIII, n. 1, enero-marzo 1993.

REPERTORIO biobibliográfico do exilio galego: unha primeira achega. Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega, 2001. (www.consellodacultura.org/mediateca/pubs/pdf/exilio.pdf)

RUIZ FUNES, C.; TUÑÓN, E.: *Palabras del exilio. Final y comienzo: el Sinaia*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1982.

SAN SEGUNDO, R.: *La lucha por las ideas: bibliotecarios en el exilio*. (Ponencia presentada en el curso extraordinario *Bibliotecas y cambio social en la España del siglo XX*, Departamento de Biblioteconomía y Documentación de la Universidad de Salamanca, 16-18 de mayo de 2001).

TORRES H. MANTECÓN, M.A.: “Lo que se llamó representación gráfica (Sobre un director de cine del s. XX): un escrito de José Ignacio Mantecón acerca de Luis Buñuel”. En *Trébede*, n. 29, junio 2001, pp. 29-36.

VICÉNS, J.: *España viva: el pueblo a la conquista de la cultura. Las bibliotecas populares en la Segunda República*. Madrid: Vosa; Asociación Educación y Bibliotecas, 2002.

Semblanza de José Ignacio Mantecón Navasal

“El enemigo está mandado por un Doctor en Derecho y miembro del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos”

Corren los primeros días del mes de marzo del año 1937, en plena Guerra Civil española. En el frente de Guadalajara, al nordeste de Madrid, la 72 Brigada Mixta adscrita al IV Cuerpo del Ejército Popular de la República acaba de tomar, en una tarde fría y lluviosa, el puesto de mando de la División de Soria, comandada por el general

José Moscardó. El comisario político de la Brigada, un hombre bajito y enérgico, incipientemente calvo y que por azares del destino y de la guerra es también, por unos días, comandante militar, se quita sus redondas gafas de miope y revisa con cuidado los papeles que apresuradamente abandonaron los sublevados, y se topa, ¡oh ironías de la vida!, con la orden del día de la batalla dictada por el propio Moscardó, y comienza a leerla en voz alta: “Idea del enemigo: bastará decir que el enemigo está mandado por un Doctor en Derecho y miembro del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos”.

Con una gran risotada irónica, José Ignacio Mantecón, ese comisario al que tan despectivamente se refiere la orden del día, interrumpe la lectura, mira a su alrededor y le dice a uno de sus ayudantes, “pues mira, para ser un simple doctor en Derecho, archivero y bibliotecario, no lo he hecho tan mal el día de hoy, venciendo a estos sinvergüenzas, haciéndolos correr y tomando su puesto de mando, ¡eh!”.

Esta es sólo una de las historias que mi abuelo, un intelectual aragonés, republicano, bibliógrafo y experto en paleografía, me contaba acerca de la Guerra Civil española en la que combatió en diversos frentes durante tres años en defensa de la libertad y la democracia, a pesar de que, tanto por sus intereses y temperamento, como por sus



© Archivo Mantecón

José Ignacio Mantecón en sus años de estudiante, Zaragoza, ca. 1919.

habilidades físicas, no había nada más alejado de él que la vida militar.

José Ignacio Mantecón Navasal nació el 26 de septiembre de 1902 en Zaragoza, en el seno de una acaudalada y significativa familia de la burguesía local. Cuarto hijo de Miguel Mantecón Arroyo y de Concha Navasal Iturralde, tuvo diez hermanos. Su padre, ingeniero de caminos, canales y puertos y financiero, fundó la sociedad de construcción Vías y Riegos, S.A., que realizó importantes obras de infraestructura, entre las que se cuentan las presas del pantano de Ardisa en el Gallego y de Mediano sobre el río Cinca en el Alto Aragón, la esclusa del puerto de Sevilla y el Canal de Isabel II en Andalucía y los pantanos de La Peña y de Cijara en Badajoz, y fue también consejero del Banco de Crédito de Zaragoza y Presidente de Eléctricas Reunidas de 1927 a 1939.

Tuvo una educación tradicional, acorde a la situación social y económica de su familia. Cursó los estudios de segunda enseñanza en el colegio de El Salvador de Zaragoza, obteniendo a los trece años de edad el grado de bachiller con calificación de sobresaliente en el examen que sustentó el 28 de junio de 1916. Su paso por esa institución regentada por los jesuitas, lo marcó profundamente. Allí conoció a Luis Buñuel, quien sería su mejor amigo y que resumió socarronamente la esencia de la educación recibida en la anécdota que refiere en su libro de memorias *Mi último suspiro*, cuando recuerda que el profesor de Filosofía decía: “¡Mantecón! ¡Refúteme a Kant!” Y el joven Mantecón, que llevaba bien aprendida la lección, refutaba al insigne filósofo alemán en menos de dos minutos. De allí saldría también, en sus propias palabras, “profundamente católico”, pero al ingresar a los catorce años en la Universidad de Zaragoza tuvo un momento de crisis y a medida que profundizó en la lectura de los autores anatemizados por sus maestros, como era el caso de Rafael Altamira, al que calificaban de “monstruo que interpretaba diabólicamente la historia de España”, esa crisis fue general. Abandonó para siempre la fe católica, lo que no le impidió ser un profundo conocedor de la religión y del Derecho Canónico.

En la citada universidad estudió simultáneamente las carreras de Filosofía y Letras



© Archivo Mantecón

José Ignacio Mantecón en su despacho de Vías y Riegos en Sevilla, 1925.

sección Historia, y de Derecho, licenciándose de la primera en 1920 con calificación sobresaliente, haciéndose acreedor, además, al Premio Extraordinario de la Facultad. Tres años más tarde se licenció en Derecho, también con calificación sobresaliente.

En el año 1924 hizo las oposiciones e ingresó en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos de España. Se trasladó a Madrid, en donde efectuó trabajos en la Biblioteca Nacional, en el Archivo Histórico y en el Museo Arqueológico, al tiempo que cursó el doctorado en Derecho en la Universidad Central. Obtuvo este grado académico en 1925 con una tesis de tema histórico: *El régimen municipal de la comunidad de Alabarracín en los siglos XIII al XV*.

Desde muy joven, Mantecón tuvo un manifiesto interés por la política y a los quince años pronunció su primer mitin repu-



José Ignacio Mantecón y Concha de la Torre el día anterior a su boda, Zaragoza, mayo de 1927.

blicano. Unos años más tarde, en 1921, una tragedia familiar, la desaparición en el sitio de Monte Arruit (1) de su hermano mayor Antonio, capitán de Artillería, le abrió los ojos acerca de la corrupción que imperaba en esa época en España, impulsándole a rechazar el *statu quo*. Influidor por un amigo de su padre, Joaquín Gil Berges, quien fue ministro en la primera República Española, se dedicó a dar mítines y a proclamar la necesidad de una república, aunque no se afilió al único partido republicano que había en Zaragoza, el Partido Radical de Alejandro Lerroux, pues lo consideraba de tercera categoría intelectual, si bien los *radicales* lo invitaban a menudo a hablar en sus mítines y él aceptaba, con la condición de que aclarasen que no era miembro de ese partido.

El advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera en 1923 actuó de catalizador y él, como muchos otros intelectuales españoles, intervino más activamente en política, principalmente a través de los comités de lucha contra la dictadura y la monarquía. En 1924 se afilió a Acción Republicana de Manuel Azaña, que con el tiempo se fundió en Izquierda Republicana, en el cuál seguiría militando durante toda la Guerra Civil y los primeros años de su exilio mexicano, ya que no es sino hasta 1948 cuando se afilia al Partido Comunista de España.

Después de doctorarse en Derecho, se trasladó en 1925 a Sevilla, pues su padre lo encargó de la gerencia y los asuntos jurídicos de la sucursal de su empresa en esa ciudad. Al mismo tiempo, ingresó como archivero en el Archivo General de Indias, posición que ocupó hasta 1933. De 1934 a 1935 fue director del Archivo de la Delegación de Hacienda en Sevilla.

Unos años antes, 1927, Mantecón contrajo matrimonio en Zaragoza con Concepción de la Torre Bayona, con quien tuvo dos hijas, María Concepción (Zaragoza, 1928) y Matilde, (Sevilla, 1930 – México, 1996).

En abril de 1931, en su calidad de presidente de Acción Republicana en Sevilla, hizo campaña en favor de los candidatos republicanos y, a pesar de que la República triunfó y de que estaba vinculado políticamente con sus principales líderes, no aceptó ninguno de los cargos oficiales que le fue ofrecido, ya que era, en sus propias palabras, “bastante insubordinado” y estaba convencido de que servía mucho más en la organización de su partido.

Tan integrado estaba en la vida sevillana que fue elegido en 1932, a pesar de ser aragonés, presidente del Betis Balompié, en sustitución de su amigo Ignacio Sánchez Mejías. Bajo su presidencia, el equipo sevillano fue por primera vez campeón de la segunda división. En la antigua Hispalis hizo también una profunda y duradera amistad con el historiador y catedrático Ramón Carande.

En el verano de 1935 se trasladó con su esposa y sus dos hijas a vivir a Zaragoza, donde siguió combinando el trabajo en la empresa familiar con sus actividades políticas. A principios de 1936 hizo campaña por todo Aragón en pro del Frente Popular. De las cosas pintorescas que recuerdo oírle contar de esa época, es que una vez estaba en un mitin en la localidad aragonesa de Ejea y apenas acababa de pronunciar la frase: “En la hipótesis de que perdamos las elecciones...”, cuando fue interrumpido por un grito de los presentes: “¡Muera la hipótesis!”. Pues bien, la hipótesis murió, se ganaron las elecciones y se formó el gobierno del Frente Popular.

Al estallar la Guerra Civil española el 18 de julio de 1936, una afortunada circunstancia salvó la vida de mi abuelo. Él se encontraba por esos días en Madrid, adonde había



© Archivo Mantecón

La familia Mantecón: José Ignacio, Concha de la Torre y sus hijas Matilde y Conchita, México, 1948.

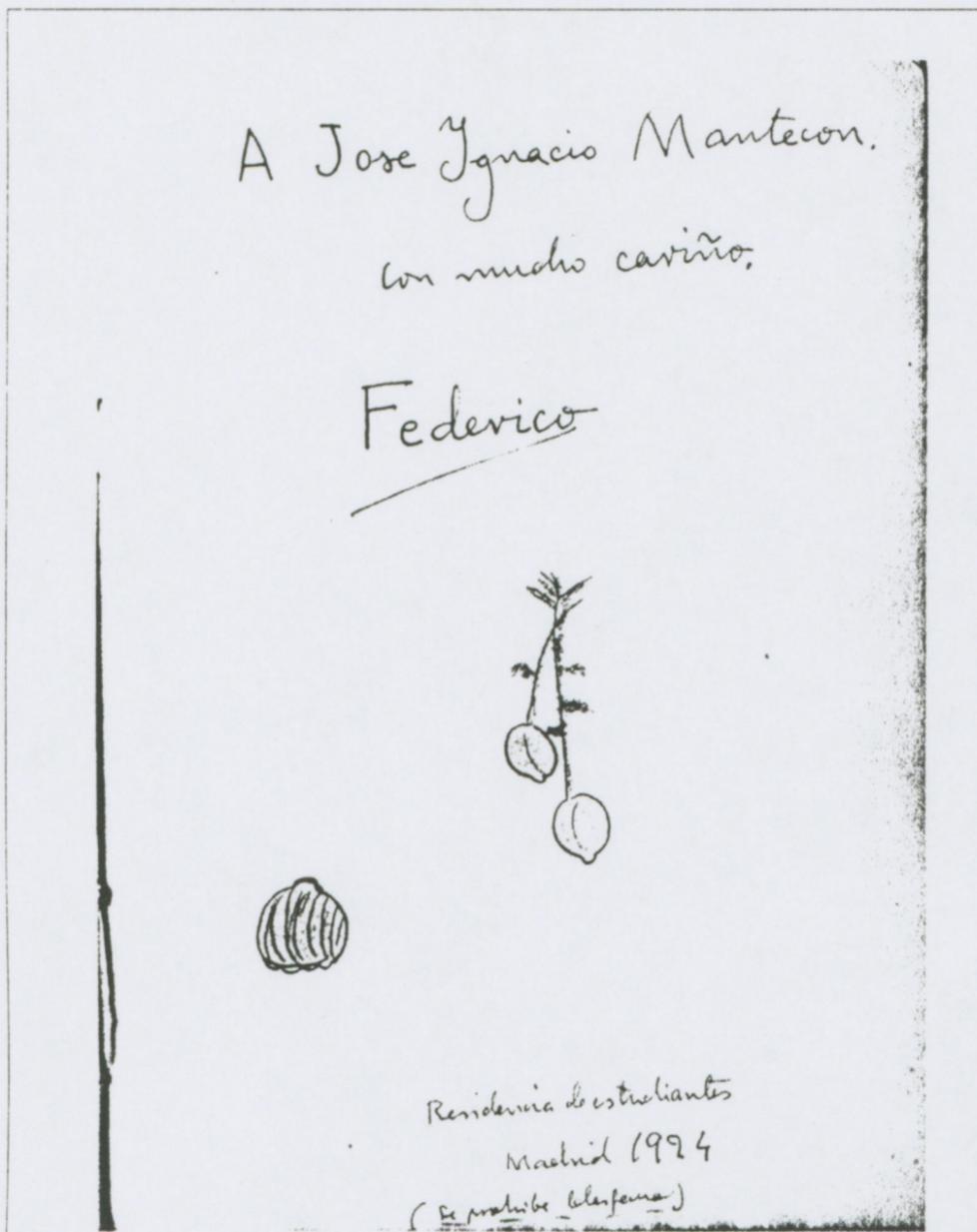
ido para atender unas diligencias relacionadas con los negocios de su padre y a entrevistarse con Santiago Casares Quiroga, presidente del Consejo de Ministros, para alertarlo de los vientos golpistas que soplaban. En Zaragoza, en los primeros días del alzamiento, la Guardia Civil lo buscó por todos lados y registró infructuosamente su domicilio para conseguir que “se dedicara a la agricultura en forma de abono orgánico”, aunque ello no impidió que su biblioteca fuese incautada.

En Madrid pudo aceptar la relativa comodidad del puesto en el gobierno de la República que inmediatamente le fue ofrecido, pero prefirió formar, junto con el diputado socialista Eduardo Castillo, las Milicias Aragonesas, al ver que llegaban a la capital, próxima a ser asediada, numerosos coterráneos suyos huyendo de la represión desatada por los sublevados en la provincia de Zaragoza. Así fue como se marchó al frente de Guadalajara, con el grado de capitán, “asombroso acontecimiento para mí y para el ejército” decía. Luego fue nombrado comisario político, primero del batallón Los leones rojos y después de la 72 Brigada Mixta. Encontramos así al intelectual, meti-

do a hombre de acción, luchando por sus ideales y defendiendo a la República.

Víctimas de la represión franquista fueron su esposa Concha de la Torre y sus dos pequeñas hijas. A mi abuela, encantadora y fina mujer que jamás intervino en política, la metieron presa en Pamplona, en el convento de las Oblatas, donde estaban, como dijo Mantecón en una entrevista, “todas las mujeres públicas pobres que detenían debajo de los puentes, porque las mujeres públicas elegantes estaban en casas con los ministros, los banqueros y los militares”. Mi madre y mi tía, que tenían ocho y seis años respectivamente, fueron puestas, por su tremenda peligrosidad y su cercano parentesco con un *rojo*, bajo arresto domiciliario, con guardias de asalto en la puerta, en casa de sus abuelos paternos en Zaragoza, y fueron expulsadas del Colegio del Sagrado Corazón por las caritativas monjas que lo administraban.

Mantecón siguió luchando por la causa de la República en los frentes de batalla, a pesar de los varios intentos que hizo un amigo suyo, el también aragonés y bibliotecario Juan Vicéns (2), para que dejara el frente y lo ayudara en tareas más propias de su formación e intereses, organizando las bibliotecas para los soldados. Después de participar en la batalla de Guadalajara, lo destinaron con su brigada al Ejército del Este, en el frente de Boltaña cerca de Huesca, donde en los primeros días de agosto de 1937, en medio de una operación militar, recibió una llamada de Julián Zugazagoitia, ministro de Gobernación en el primer gobierno de Juan Negrín, notificándole que había sido nombrado gobernador General de Aragón. Difícil encargo que incluyó la disolución del Consejo Regional de Defensa de Aragón, un poder local dominado por los anarquistas y de las colectividades agrarias por éstos creadas. Cuando las tropas franquistas rompieron el frente e invadieron Aragón en abril de 1938, se reincorporó al Ejército del Este como Comisario General del mismo hasta la pérdida de Cataluña en febrero de 1939. Después de pasar a pie la frontera con Francia, regresó a la zona Centro-Sur como Comisario General del Ejército de Levante. Cuando el golpe del coronel Segismundo Casado, lo arrestaron en el puesto de mando de ese ejército por mantenerse leal al gobierno de Negrín.



© Archivo Mantecón

LIBRO
DE
POEMAS
POR
FEDERICO G. LORCA



1921
IMPRESA MAROTO
MADRID

Dedicatoria de Federico García Lorca a Mantecón en un ejemplar de su obra *Libro de poemas* (1921): "A José Ignacio Mantecón, con mucho cariño. Federico. Residencia de Estudiantes, Madrid 1924 (Se prohíbe blasfemar)".

durante más de veinticinco años se desempeñó como jefe de ediciones de Editorial Patria, S.A., dirigiendo la publicación de diversas obras de carácter literario, histórico y de divulgación, así como libros de texto.

José Ignacio Mantecón vivía con especial pasión el mundo de los libros y las bibliotecas. Muchas veces llegué a pensar que a él le hubiera gustado haber nacido en otra época y ser el monje guardián de una importante biblioteca, repleta de manuscritos iluminados, incunables y obras prohibidas recluidas en el "purgatorio" —esos hermosos libreros enrejados—, siempre y cuando para ser monje no se requiriese creer en Dios y asistir a misa. Pero, eso sí, su espíritu festivo, alegre y bromista le llevó a disfrazarse en varias ocasiones en casa de Luis Buñuel, con un hábito de monje franciscano, que seguramente se había mandado hacer, al igual que todos sus trajes, con su buen amigo Julián Borderas, que estuvo involucrado en la sublevación de Jaca y combatió al lado de la República.

Los domingos se iba a la caza de libros antiguos al mercado de La Lagunilla, en el centro de la ciudad de México. A veces en compañía de Pablo Neruda, de Wenceslao Roces o de Rafael Sánchez Ventura. De esas cacerías bibliográficas enriqueció su biblioteca con ejemplares como *Obras*, de Lorenzo Gracián (Amberes: Juan Bautista Verdussen, 1702); *De los nombres de Cristo*, de Fray Luis de León (Valencia: Imprenta de Benito Monfort, 1770); *Anales de Aragón*, de Francisco Diego de Sayas (1666), y un Virgilio intonso, *Geórgicas y su décima égloga* (Madrid: Imprenta de Francisco Xavier García, 1768). En otra ocasión, como recuerdo de su único viaje al extranjero en 1960 para asistir a un congreso del Partido Comunista de España, trajo de Praga un ejemplar de la *Historia de las guerras civiles de los romanos* de Apiano Alejandrino (Barcelona: Sebastián de Cormellas, 1592).

Entre sus tesoros, además de las primeras ediciones de las obras de Rafael Alberti, especial cariño le tenía a la primera edición del *Libro de poemas* de Federico García Lorca, que en el año 1924 le dedicó el autor en la Residencia de Estudiantes. En esa dedicatoria, García Lorca le dibujó un pequeña concha, simpático gesto hacia la que entonces era la novia de mi abuelo y que

luego sería su esposa, Concha de la Torre, volumen que ésta logró rescatar y llevárselo a México.

Esta pasión por los libros se manifestó aún en las situaciones más dramáticas que vivió durante la guerra civil española, como cuando el Comisariado del Ejército del Este a su cargo imprimió, al cuidado de Manolo Altolaquíre, que colaboraba con él, en la imprenta del viejo monasterio de Monserrat de Barcelona y con un papel hecho a mano por los soldados en un viejo molino que encontraron en la aldea de Orpi, el libro de poemas de Pablo Neruda *España en el corazón: himno a las glorias del pueblo en la guerra* (s.l.: Ejército del Este, Ediciones literarias del Comisariado, 1938) (6).

Hombre sabio, de gran erudición, con enorme sentido del humor y de fina ironía, heterodoxo, de recio carácter, determinado y, sobre todo, fiel a sus ideales y a sus compromisos, así era mi abuelo. Su amigo Max Aub lo tomó como modelo para uno de los personajes de su novela *Campo de Sangre*. Así leemos que Pedro Guillén, gobernador republicano de Teruel:

“...tiene la voz recia bañada en cierto tono irónico [...]. (Cuando dice: “eso, sí”, es “eso, sí”, y cuando dice que no, es que no. Y no hay que darle vueltas. [...]). Pedro Guillén no tiene el cuerpo que merece. Carece de los resabios de los menudos: sóbranle facultades. Dicen de él que corta y recorta: esto último con su poquita de mala intención, porque quiso ser torero en sus juventudes. De ahí, y por otras razones fáciles de comprender, le viene el apodo de “Mano izquierda”. Aragonés, latinista, abogado (¿cómo no?) y andaluz por gusto. El gobierno de la República lo emplea en lo peor de lo más difícil; tiénelo todo por bueno.” (7)

Su existencia como *transterrado* en México fue plena y feliz, dedicado a su vocación intelectual y a compartir con los amigos muchos momentos agradables, pero siempre estuvo teñida de la nostalgia de lo perdido. La España que tanto amó y que no volvió a pisar, pues murió sin regresar a ella el 20 de junio de 1982, en la ciudad de México. ☒

Marco Aurelio Torres H Mantecón

Notas

- (1) En el llamado desastre de Annual, las tropas españolas fueron derrotadas en Marruecos en el verano de 1921 por el caudillo rifeño Abd-el-Krim. El general Fernández Silvestre y gran número de soldados perdieron la vida.
- (2) Juan Vicéns de la Llave (Zaragoza, 1895-Pekín, 1959). Bibliotecario que desde 1932 desarrolló una intensa labor en la promoción de las bibliotecas populares. Exiliado en México publicó diversos artículos sobre biblioteconomía y el manual *Cómo organizar bibliotecas* (México, Atlante, 1946) y fue editor de la revista *Aragón* y director de *Nuestro Tiempo*. Para un prolijo y muy cuidado estudio de la vida y la obra de Vicéns consúltense los trabajos de Ramón Salaberria: “La larga marcha de Juan Vicéns (Zaragoza, 1895-Pekín, 1959)” en VICÉNS, J.: *España viva. El pueblo a la conquista de la cultura. Las bibliotecas populares en la Segunda República*. Madrid: VOSA: Asociación Educación y Bibliotecas, 2002, pp. 7-30; así como “Las bibliotecas populares en la correspondencia de Juan Vicéns a Lulu Jourdain y Hernando Viñes (1933-1936)” en *Anales de documentación*, núm. 5. Murcia, 2002, pp. 309-332; y el dossier “Aragoneses en el exilio: Vicéns de la Llave, Mantecón, Sánchez Ventura” en *Trébede*, núm. 43. Zaragoza, octubre de 2000, pp. 15-65.
- (3) José Puche Álvarez (Lorca, 1895-Cd. de México, 1979). Médico fisiólogo, fue catedrático de las Universidades de Salamanca y Valencia y rector de ésta última. Cercano colaborador de Juan Negrín, fue gobernador de la provincia de Palencia, consejero de Instrucción Pública y director general de Sanidad de Guerra. Exiliado en México desde 1939, fue profesor de fisiología en el Instituto Politécnico Nacional y en la Universidad Nacional Autónoma de México y director del Ateneo Español de México.
- (4) Francisco Gamoneda (Cangas de Tineo, 1873-Cd. de México, 1953). Llegó a México en 1909, donde realizó notables esfuerzos en la organización de archivos y bibliotecas. Fue jefe del Archivo Municipal de la ciudad de México, dirigió la biblioteca de la Secretaría de Hacienda y ayudó a crear la biblioteca del Congreso de la Unión. En 1946 un grupo de intelectuales mexicanos y españoles le dedicaron un libro de homenaje, en el cual J. I. Mantecón colaboró con una “Biobibliografía de don Francisco Gamoneda” (*Homenaje a don Francisco Gamoneda. Miscelánea de estudios de erudición, historia, literatura y arte*. México: Imprenta Universitaria, 1946, pp. 7-31.).
- (5) Agustín Millares Carlo (Las Palmas, 1893 - 1980). Historiador, paleógrafo filólogo, bibliógrafo y traductor, fue catedrático de Paleografía, Diplomática y Latín Medieval en la Universidad Central de Madrid y director del Archivo-biblioteca del Ayuntamiento de Madrid. Viajó a México como cónsul adjunto de la Embajada de la República Española. Profesor de Paleografía Española y de Lengua y Literatura Latina y director del Seminario de Lenguas Clásicas en la Universidad Nacional Autónoma de México. En 1959 se trasladó a Venezuela donde fue director de la Biblioteca General de la Universidad de Zulia. En la publicación que se hizo en el año 1975 para rendirle homenaje, J. I. Mantecón publicó el artículo “Notas para una bibliografía de reglas y listas de encabezamientos de materia en español” (*Homenaje a don Agustín Millares Carlo*, t. I. [Las Palmas]: Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria, 1975, pp. 243-260.)
- (6) Un ejemplar de esta rara obra, “maravilla tipográfica” la llamó J. I. Mantecón y de la que Pablo Neruda dijera que “era el orgullo de esos hombres [los comisarios y soldados del Ejército del Este] que habían trabajado mi poesía en un desafío a la muerte”, se encuentra en la Biblioteca del Congreso de los EE.UU., Washington, D.C., clasificado bajo el número PQ8097.N4 E79.
- (7) Max Aub. *Campo de sangre*. México: Tezontle, 1945, pp. 257-258. En la dedicatoria del ejemplar que le regaló a J. I. Mantecón, Max Aub escribió: “A José Ignacio, modelo insuperable, este espejillo. Max.”

José Ignacio Mantecón Navasal

Nota bibliográfica por Marco Aurelio Torres H Mantecón

A lo largo de su carrera académica y de investigación en México, José Ignacio Mantecón desarrolló una vasta producción editorial que abarca más de 115 obras. Dirigió diversas publicaciones y fue autor de numerosos libros, artículos, ensayos, reseñas y conferencias en materias relacionadas con la historia y los estudios bibliotecológicos y bibliográficos.

De su amplia bibliografía citaré solamente algunas de sus publicaciones (1):

📖 Obras de investigación:

Bibliografía de Manuel Toussaint. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1957. 36 p.

Índice de las traducciones impresas en México, 1959. México: Biblioteca Nacional de México, Instituto Bibliográfico Mexicano, 1964. 247 p.

Bibliografía general de don Justo Sierra. En colaboración con Irma Contreras e Ignacio Osorio Romero. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1969. XIV + 273 p.

Índice de nombres latinos de ciudades con imprenta, 1448-1825. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1973. 143 p. + 3 láminas.

📖 Como editor:

Boletín de la Biblioteca Nacional, México, D.F. (1963-1967).

Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, México, D.F. (1969-1973).

Anuario bibliográfico, México, D.F. (1958-1966).

Bibliografía mexicana, México, D.F. (1967-1978).

📖 Edición de textos coloniales y de los siglos XVIII y XIX:

Informe de méritos y servicios de Alonso García Bravo, alarife que trazó la ciudad de México. Pról. de Manuel Toussaint. Ed., transcrip. e índice de José Ignacio Mantecón. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1957. 135 p.

López de Villaseñor, Pedro. *Cartilla vieja de la nobilísima ciudad de Puebla (1781)*. Ed. e índices de José Ignacio Mantecón. Introd. de Efraín Castro Jr. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1961. 484 p.

Bustamante, Carlos María. *Tres estudios sobre Don José María Morelos y Pavón*. Edición facsimilar. [Ed., selec. de textos y] reseña bibliográfica por José Ignacio Mantecón. Nota preliminar por Manuel Alcalá. México: Instituto Bibliográfico Mexicano, Biblioteca Nacional, 1963. 125 p. ilustr.

📖 Obras de investigación en colaboración con Agustín Millares Carlo:

Ensayo de una bibliografía de bibliografías mexicanas (la imprenta, el libro, las bibliotecas, etc.). México: Depto. del Distrito Federal, Dir. de Acción Social, Ofna. de Bibliotecas, 1943. XVI + 224 p.

Ensayo de una bibliografía de bibliografías mexicanas. Adiciones I. México: Depto. del Distrito Federal, Dir. de Acción Social, Ofna. de Bibliotecas, 1944. 46 p.

Índice y extracto de los Protocolos del Archivo de Notarías de México, D.F., (1524-1555). México: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1945-1946, 2 vols., 470 p. y 395 p.

Repertorio bibliográfico de los archivos mexicanos y de las colecciones diplomáticas fundamentales para la historia de México. México: Aldina, 1948. XV + 186 p.

Álbum de paleografía hispanoamericana de los siglos XVI y XVII. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1955. 3 vols. I. Introducción, 187 p.; II. Láminas, XCIII; y III. Transcripciones, 132 p. (Col. Manuales de técnica de la investigación de la historia y ciencias afines, 3). Existe una reedición de esta obra en dos volúmenes, publicada en España con el mismo título: Bar-

celona: El Albir, 1975. 2 vols. 345 p. + 6 láminas y 15 p. + 93 láminas.

📖 **Ediciones en colaboración con Agustín Millares Carlo:**

Rojas, Fernando de. *La Celestina, tragicomedia de Calisto y Melibea*. introd. y notas de Agustín Millares Carlo y José Ignacio Mantecón. Ilust. de Miguel Prieto. [México]: Editorial Leyenda, [1947]. 286 p.

Rojas, Fernando de. *La Celestina*. introd.. [y notas actualizadas] de Agustín Millares Carlo y José Ignacio Mantecón. México: UNAM, Dir. Gral. de Publicaciones, 1964. XXVIII + 328 p.

📖 **Artículos y ensayos:**

“Índice de los nombres latinos de ciudades utilizados en los pies de imprenta” en *Letra y pueblo*. Año II, núm. 1. México, enero-febrero de 1945, pp. 53-80.

“La España de fuera y América”, en *Orbe. Revista Latina de Cultura General*. Año II, núm. 4. México, enero de 1946. pp. 13-21.

“Aportación a la historia de la imprenta en México” en *Suma Bibliográfica*. Año III, vol. IV, núm. 17. México, enero-febrero de 1949. pp. 662-664.

“El primer Ejército Popular español, 1808-1814”, en *Nuestro Tiempo. Revista española de cultura*. Segunda época, año III, núm. 3. México, 1º de noviembre de 1951. pp. 35-44.

“Técnica bibliográfica” en *Primeras Jornadas Mexicanas de Biblioteconomía, Bibliografía y Canje. Informe final*. México, 1957, pp. 170-176.

“El primer Instituto Bibliográfico Mexicano” en *Boletín de la Biblioteca Nacional*. Segunda época, tomo XII, núms. 3-4. México, julio-diciembre de 1961, pp. 3-20.

“Índice de nombres de autores latinos” en *Boletín de la Biblioteca Nacional de México*. Segunda época, tomo XIII, núms. 1-2. México, enero-junio de 1962, pp. 39-54.

“Proyecto de una bibliografía hispanoamericana de pedagogía”, en *Revista de la Escuela Normal Superior*. Segunda época, núm. 1. México, enero-abril de 1963. pp. 85-91.

“El padre Teófilo Raynaud, S.J. en las bibliotecas coloniales de México. (Un curioso libro impreso en Cracovia en el año de 1669)” en *Boletín de la Biblioteca Nacional*. Tomo XV, núms. 3-4. México, julio-diciembre de 1964, pp. 57-71.

“Sobre las bibliotecas populares” en *Boletín de la Biblioteca Nacional*. Tomo XVI, núms. 1-2. México, enero-junio de 1965, pp. 51-58.

“Don Rafael Altamira: una etapa de la historiografía española” en *Revista de Historia de América*.



Mantecón disfrazado de monje. En la estantería se puede ver un tomo de las obras de V.I. Lenin.

Núms. 61-62. México, enero-diciembre de 1966, pp. 189-205.

“El Instituto de Investigaciones Bibliográficas y la Bibliografía nacional” en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*. Núm. 2. México, julio-diciembre de 1969, pp. 81-92.

“Inventario del archivo del comisario general de las provincias franciscanas de Nueva España y Filipinas, 1698” en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*. Núm. 4. México, julio-diciembre de 1970, pp. 263-288.

“El editor, el autor y el libro” en *Revista de la Escuela Normal Superior*. Núm. 13. México, agosto-diciembre de 1970, pp. 84-88.

“Aspectos del entrenamiento de los usuarios de la información” en *Anuario de Bibliotecología, Archivología e Informática*. Tercera época, año II, 1973. México, UNAM, 1976, pp. 147-151. e

Nota

(1) Para una bibliografía detallada de José Ignacio Mantecón véanse: José Quiñones Melgoza, “Ensayo para una bibliografía general directa del doctor José Ignacio Mantecón Navasal” en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, n. 18-19, México, enero-junio 1969, pp. 239-249 y Marco Aurelio Torres H Mantecón, “Bibliografía seleccionada de J. I. Mantecón” en *Trébede*, núm. 67. Zaragoza, septiembre de 2002, pp. 78-80.

Sobre las bibliotecas populares

Al reunirnos para celebrar —creo que con toda justicia podemos emplear este algo manido verbo en su académico sentido de alabar y encarecer alguna persona o cosa— el decimonoveno aniversario de nuestra Escuela, creo que no será ocioso que nos dediquemos a considerar uno de los problemas al que suele tratarse como la rama más humilde de la organización bibliotecaria: las bibliotecas llamadas populares, que han sido estudiadas, normalmente, como una de las últimas secuencias de las bibliotecas generales públicas.

Y creo que ninguna ocasión mejor que ésta, ya que tengo la suerte de dirigirme a los elementos más vivos de nuestra profesión, a los bibliotecarios jóvenes, y a los que se están formando para manejar uno de los instrumentos más eficaces de transmisión de la cultura y que, como tienen toda una vida por delante, son los que más pueden hacer por crear y extender esos institutos. Porque, en realidad, estas breves palabras no intentan ser un ensayo sobre las bibliotecas populares, sino una invitación al prometedor estudio por las nuevas generaciones y un llamado a la acción para su establecimiento allí donde se den las condiciones que lo permitan.

Son las bibliotecas populares las que mejor cumplen la gran evolución cuyo espíritu fue señalado con gracia, no fácil al tratar nuestros problemas, por el Instituto de Cooperación Intelectual de Ginebra, antecesor de la UNESCO, que en 1937, en la obra *Misión social e intelectual de las bibliotecas públicas*, dice en su introducción: “Para la mayoría de los hombres de hoy la biblioteca ha perdido su B mayúscula; pero ha ganado su cariño”, y yo me permito añadir que ha sucedido, desde mediados del siglo pasado, algo más importante y más comprometido para nosotros los bibliotecarios: el acceso al libro se ha convertido primero en un derecho civil, es decir, de todos los ciudadanos y al ampliarse la base del pueblo letrado, de los que saben leer y escribir, en una necesidad tan urgente como la de la instrucción primaria.

Y este derecho a leer de todos los ciudadanos exige instrumentos adecuados en cada una de las

escalas sociales, para realizar adecuadamente la función actual de la biblioteca como uno más de los servicios sociales, porque la vida es tan implacable que, hoy en día, junto al estudio de los medios más eficaces para la lucha contra el analfabetismo, se meditan los sistemas necesarios para evitar el trágico fenómeno de la recaída en el estado anterior de quienes olvidan la lectura y escritura por no tener medios de leer. Si se crea una necesidad hay que crear los instrumentos de satisfacerla.

Uno de ellos, es el de las bibliotecas populares que deben mantenerse junto a las grandes bibliotecas nacionales, que tienen que seguir siendo repositorio de las fuentes más modernas de investigación, depósitos de las grandes creaciones universales de la literatura y museo de la historia del libro y de la cultura bibliográfica de su nación; de las bibliotecas de estudio o si lo queréis escolares, tanto de los centros de enseñanza superior, media o primaria, como de los institutos de investigación, que tienen el complicado problema de servir tanto a los maestros como a los estudiantes; de las bibliotecas generales y públicas en los centros urbanos para el servicio del lector medio, gran creación que orgánicamente surge en Gran Bretaña con el *Act* de 1850 y que adquiere, muy pronto, características impresionantes de desarrollo en Norteamérica, seguidas, rápidamente, por los países escandinavos, Alemania y Francia, antes de terminar la pasada centuria.

Las bibliotecas populares han sido consideradas siempre como un instrumento de educación, y han sido planeadas para servir a una necesidad pedagógica dentro de la gran acción de enseñanza de adultos, que tan complicados problemas crea. Constituye hoy un principio universalmente aceptado que la educación de adultos se inicia, como elemento no sólo primario sino fundamental, como la escuela; que sin un programa escolar que alcance todos los ámbitos de la nación no cabe realizar una auténtica educación pública y que este núcleo principal puede ampliarse con otros elementos, como los que prestan, especialmente en países de bajo nivel cultural, los medios audiovisuales que permiten llegar, por la radio, tele-

visión e incluso el cine, en unidades móviles a centros apartados de todo contacto cultural.

Pero también es un principio generalmente aceptado que la educación pública no termina, en ninguno de sus grados, con las aulas de enseñanza primaria, secundaria o superior y técnica, en las cuales el hombre puede pasar no más de dos lustros; pero que en el resto de su vida el centro de enseñanza que más le puede ayudar es la biblioteca, especialmente a las clases más débiles económicamente, que no pueden adquirir, sin gran sacrificio, los libros necesarios para su instrucción o su entrenamiento.

Por lo tanto, las bibliotecas populares tienen una función muy especializada dentro de las bibliotecas generales y públicas, que, como ya hemos dicho, son propias de los centros urbanos y están destinadas a satisfacer necesidades que pudiéramos llamar enciclopédicas, que van desde las consultas del erudito o investigador científico hasta las de las amas de casa que llegan a ellas en busca de libros de cocina o de revistas de modas, tal como sucede, especialmente, en las bibliotecas norteamericanas.

Las bibliotecas populares no pueden ni deben tener tan ambiciosos propósitos, aunque puede conjugarse su acción con las de las grandes bibliotecas: un ejemplo lo constituye el sistema de bibliotecas públicas de Gran Bretaña, donde a base de un catálogo central, y de una relación directa con lectores diseminados por toda la nación y que se inscriben para el servicio de préstamo en centros locales, se ha llegado, en los últimos años, a la cifra anual de más de 500 millones de libros entregados en préstamo a los lectores en los salones locales o en propio domicilio. Algo parecido sucede en Francia y Suiza, donde los centros de distribución de fondos de grandes bibliotecas tienen carácter provincial o cantonal y, en las citadas naciones, este sistema ha obligado a la creación, en pequeños pueblos, de bibliotecas reducidas, pero con libros de uso continuado, como geografías, diccionarios enciclopédicos, libros de historia, manuales técnicos y algunas revistas, es decir, una mínima pero eficaz sección de consulta.

Huyendo de la dificultad de una definición hemos ido exponiendo algunas de las necesidades que debe cubrir la biblioteca popular. Pueden concretarse, como debe hacerse con toda biblioteca, con las de los núcleos sociales a que están destinadas. Hemos hablado de los grandes centros urbanos, donde son necesarias una o varias de carácter general y público.

Dentro de ellos existen lo que oficialmente se llaman barrios, pero que, en realidad, son antiguos pueblos y aun villas que el crecimiento de las grandes ciudades ha ido absorbiendo. Muchos de ellos, lo mismo en París, Londres, Tokio o México DF, siguen conservando muchas de sus características

anteriores y constituyen verdaderas islas dentro de la gran ciudad, cuyas características concretas incluso se han acentuado. Algunas son típicamente obreras, otras conservan, con cierto tinte industrial, su aspecto campesino, y en otras sigue predominando el artesano o el comerciante. Es evidente que las grandes bibliotecas establecidas en el centro no pueden ser utilizadas cotidianamente por los habitantes del extrarradio.

Por lo tanto, la biblioteca popular no debe considerarse como un establecimiento exclusivo para poblaciones pequeñas, puede y debe tener su asiento en toda clase de núcleos de población. Donde quiera que se encuentre, la ciudad, la villa, la aldea, la fábrica, el ejido, se enfrenta al hecho de que sus fondos no pueden ni deben ser el producto de la visión con una lente de disminución de una gran biblioteca general y pública. Las bibliotecas populares, deben obedecer a principios generales; pero cada una de ellas debe proyectarse y realizarse con una muy propia fisonomía.

Para algunos, estas bibliotecas deben tener eso que se llama libros populares. Quienes así lo piensan lo hacen llevados de su falta de conocimiento y confianza en el pueblo. Los libros *populares* no deben estar en ningún sitio, porque son, casi siempre, anti-populares. Para otros, los fondos casi exclusivos estarán dedicados a manuales técnicos elementales. No falta quien piensa que la mayoría de su catálogo debe formarse por libros de texto de enseñanza secundaria; cómodos sistemas los tres de eludir el problema muy grave de la formación de un acervo que, por lo reducido, debe ser estudiado con el mayor interés.

Quiero llamar la atención sobre lo que a este respecto dijo un gran humanista e impar bibliotecario. Don José María Vigil, al inaugurarse el servicio nocturno de la Biblioteca Nacional, el 22 de mayo de 1903, afirmó que pretendía que el establecimiento fuera también una biblioteca popular destinada a las personas pertenecientes en general a las clases trabajadoras que —decía él— “vendrán a buscar de preferencia la instrucción técnica o el solaz que tanto se apetece después de un día consagrado a rudas faenas”.

La selección de libros de estas bibliotecas tiene que atender los tres problemas: instrucción técnica, de acuerdo con las características de la población, información cultural de tipo general y ciertas y determinadas obras de solaz y entretenimiento. Entiendo que ni puede ni debe realizarse un catálogo único, salvo, si acaso, en una parte de la segunda sección —información general de carácter cultural: historia, geografía, ciencias puras en manuales de tipo medio, diccionarios y gramáticas— para darle al libro toda la vida posible que únicamente tiene cuando el lector ve

en él el medio de aprender o de cultivarse con arreglo a sus posibilidades culturales.

Al constituir los fondos de estas bibliotecas hay que tener además presente que, como se ha dicho, debemos considerarlas como una herramienta de educación pública paralela a la escuela y continuación permanente de ella, y que deben estar constituidas de tal manera que su manejo y utilización no esté dificultada por complicaciones técnicas que hagan difícil su administración. Salvo muy raros casos, estas bibliotecas deben ser producto de una política bibliotecaria concebida dentro de un gran sistema, que entregue esta herramienta perfectamente catalogada y clasificada. En manera alguna es lícito creer que el envío de unos cajones de libros a ejidos, fábricas, barrios o pequeñas poblaciones supone la creación de una biblioteca, ya que en su mayoría serán regidas y administradas por hombres y mujeres que no han realizado estudios profesionales.

En el sistema de creación, vigilancia e inspección de estas bibliotecas populares es donde tiene cabida el trabajo del bibliotecario técnico, sin cuyo esfuerzo constante y organizado los mejores deseos serán piedras de la gran calzada que conduce al infierno en que se han quemado muchos y beneméritos proyectos echándose siempre la culpa, como chivos emisarios a los pobres empleados a quienes se les dieron libros, pero no bibliotecas.

Así están creado en el mundo entero grandes conjuntos y se han conseguido, bajo el patrocinio de la UNESCO, alentadores adelantos en países ínfimamente desarrollados donde un núcleo de bibliotecarios han entregado estos elementos de creación cultural y los han hecho centros de actividades, como conferencias, sumarias exposiciones, salas de auditorio para discos, etcétera, por medio de viajes frecuentes en que esa terrible palabra de *inspección* se convierte en ejemplo, consejo y actividad.

Estas bibliotecas no se conciben sin tener presente la estructura económica local, si han de ser un elemento para crear la necesidad de leer y estudiar o para consolidar y desarrollar esa necesidad cuando ya se ha despertado el ansia de saber en grupos importantes de la región que sirve.

Para quienes desconfían del interés general del pueblo hacia la cultura, me bastará citar dos datos de diferentes sistemas bibliotecarios. En la Dordoña, Francia, la biblioteca central departamental de préstamo tiene inscritos, como prestatarios en toda la región, al 8,47% de la población, lo que supone que los libros pasan a poder de más del 40% de los habitantes rurales del Departamento, porque la estadística dice que los libros así distribuidos son leídos, normalmente, por unas cinco personas. El Delhi, una biblioteca análoga creada por la UNESCO, en poco

más de cinco años y con un volumen de 165.000 libros, tiene actualmente 900.000 lectores.

Por otra parte, esta organización central y por sistemas únicos o regionales, permite resolver el problema de la dificultad de mantener el acervo suficiente. Por medio del canje interbibliotecario y el catálogo colectivo, salvo las obras de referencia que deben contener todas las bibliotecas del sistema, el número de libros puestos a la disposición de los lectores puede multiplicarse hasta límites insospechados.

Este problema de alcance universal está hoy en México necesitado de un profundo estudio y de una urgente realización.

En las dos últimas décadas, se ha dado el gran salto lleno de magníficas realidades en la educación pública. El adelanto en la enseñanza primaria, planificado desde la formación del cuerpo magisterial; la construcción de los edificios correspondientes, tanto para las ciudades, villas, como las aldeas o centros rurales, la edición del libro de texto, constituyen una de las más grandes creaciones de la marcha progresiva del país. Con ritmo análogo, se está atendiendo a la enseñanza secundaria y en cuanto a la enseñanza técnica y superior sólo los ciegos voluntarios pueden no darse cuenta del progreso conseguido.

Tan ingente esfuerzo ha supuesto una inmensa concentración de interés de planteamiento y de recursos económicos en esta tarea, preliminar a toda otra creación.

Los frutos de esta labor están a la vista. El crecimiento en profundidad y extensión de las enseñanzas primaria y secundaria, han creado, afortunadamente, el problema de la capacidad de las Universidades y Centros de enseñanza politécnica.

Pero cuando se emprende la vía del progreso de educación, son muchos los caminos que en él confluyen. Yo espero que uno de los primeros que habrá que presentar primero y resolver después, es el bibliotecario, como complemento de todo el esfuerzo granado en éxitos de la instrucción pública.

No debe olvidarse que las primeras bibliotecas públicas de América, de toda América, se establecieron en la Nueva España. El cinco de septiembre del año 1646, el obispo de la ciudad de Puebla, don Juan de Palafox y Mendoza, hizo donación de su biblioteca, que contenía, como entonces se decía, "cinco mil cuerpos de libros, poco más o menos", al Seminario conciliar, advirtiendo que lo hacía porque consideraba "ser muy útil y convincente hubiese en esta ciudad una biblioteca pública [...] donde todo género de personas [...] puedan estudiar como les convenga". Más adelante, en 1759 el rector de la Universidad don Manuel Ignacio Beye de Cisneros, solicitaba que el rey concediera la creación de una

Biblioteca en la Real y Pontificia Universidad "con cuyos libros se remedie la necesidad de muchos pobres aplicados y de talentos".

Después de las iniciativas que se plasmaron en la creación del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación, en los años 1923 y 1924 y del establecimiento de un buen número de ellas, principalmente en la ciudad de México y en la fundación del Sistema de Bibliotecas Populares del Departamento del Distrito Federal, en 1940, que comprendía catorce, distribuidas entre otras tantas delegaciones, la realidad es que no se ha proseguido la que considerábamos prometedoras iniciación.

Es natural que se haya dado preferencia a lo que constituye la base de la educación pública. Esa colosal realización está esperando el remate, ni tan costoso ni de tan difícil planeación como lo ya hecho y encauzado, de un verdadero sistema bibliotecario que integre el eficaz binomio escuela-biblioteca. Porque no debemos crear problemas artificiales. En la mayor parte de los lugares, no hace falta duplicar esfuerzos, basta con tomar como base la escuela, para integrar la biblioteca popular. La escolar es siempre la mejor iniciación de aquélla, con la ventaja de que integra la escuela. ya que a ella acuden los adultos y se mezclan, como en la vida diaria, con los alumnos.

Por otra parte, el elemento humano que administra y hace vivir los libros encontrará el mejor elemento posible en el maestro, allí donde no haya medio de mantener un bibliotecario.

Para mí es un motivo de alegría ver que este binomio tiene ya una realidad en nuestra Escuela. La mayor parte de sus alumnos procede de Escuelas Normales y muchos imparten enseñanza. Considero esta realidad como una gran promesa para el futuro.

Conocer un problema, estudiarlo, tomar conciencia de su existencia, es una de las finalidades de todo centro de enseñanza. Pero quedará relegado ese esfuerzo al rincón de las concepciones abstractas si ahí termina la relación maestro-alumno. No basta con explicar que el problema existe. Una escuela superior como la nuestra tiene que hacer algo más. Planteado el problema es necesario que se emprenda la áspera a veces, pero siempre fructífera labor de llevarlo al común de los ciudadanos, de promover la capacidad de hacer de muchas gentes del pueblo cuya iniciativa nos dejará sorprendidos si la estimulamos.

Ustedes, mejor que nadie, son los llamados a realizar este esfuerzo para poner de manifiesto a los maestros, ante todos los ciudadanos, ante el Gobierno, que, como la biblioteca es la prolongación de la escuela, muchos de los beneficios de la educación se pierden por no encontrar la posibilidad de su culminación a través de la biblioteca.



© Archivo Mantecón

Mantecón en su mesa de trabajo en su casa de la Avenida Veracruz 56, México, D.F.

Es muy posible que al salir de estas aulas, se distribuyan por muchos lugares del territorio nacional. En el lugar que el destino les designe no olviden que en un régimen democrático son tantos los deberes como los derechos y uno de los ineludibles deberes es sentirse responsable de lo que se cree que se debe hacer y no se hace. No faltan elementos de aglutinación para esta labor. La Escuela Normal de Bibliotecarios y Archivistas, puede ser el centro para hacer eficaz la propaganda; para que nuestra voz llegue a quienes pueden determinar la satisfacción de estas necesidades.

La labor del bibliotecario no termina en la administración de la biblioteca. Es una forma del humanismo, que no se quedó jamás, en ningún tiempo, en la contemplación, sino que luchó en la praxis para elevar la vida de los hombres sobre las contingencias de la realidad. ☉

México, D. F. a 20 de julio de 1964

Biblioteca Nacional. Instituto Bibliográfico Mexicano

José Ignacio Mantecón Navasal

Conferencia pronunciada el 20 de julio de 1964 en la velada celebrada en el Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México en conmemoración del XIX aniversario de la fundación de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas.

(Publicado en tirada aparte del tomo XVI, nº s. 1 y 2 del *Boletín de la Biblioteca Nacional*, enero-junio de 1965, editado por la Universidad Nacional Autónoma de México y la Biblioteca Nacional)

En los últimos días de marzo de 1939, ya perdida la guerra, pudo embarcarse en Gándía en el destructor inglés *Galatea*, gracias a la ayuda que le proporcionó Lord Faringdon, un inglés entusiasta de la causa republicana, y partió hacia el exilio abandonando su patria para siempre, dejando tras de sí todo, su esposa e hijas que años después lograrían reunirse con él en México; sus padres, a los que nunca más volvió a ver; sus hermanos, su familia, sus muchos amigos, su biblioteca y sus posesiones materiales; todo, todo menos sus ideales.

A mediados de abril de 1939 llegó a Londres para ponerse a las órdenes de Juan Negrín, quien lo nombró Secretario General del Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles (SERE) con sede en París, haciéndose cargo de diversas tareas para organizar el éxodo a tierras americanas, principalmente hacia México, Chile y Venezuela. Trabajó directamente con el cónsul chileno para la emigración republicana, el poeta Pablo Neruda, con quien lo unió una larga amistad. En marzo de 1940, Mantecón es internado en un campo de concentración, donde permanece hasta el mes de junio. Logró salir de Francia el día que el mariscal Pétain firmó el armisticio, embarcándose en Burdeos en el *Cuba* y después de varias vicisitudes llegó a México. Un año después de su llegada a tierras aztecas, la familia Mantecón se volvió a reunir en marzo de 1941, después de cinco años de forzada separación.

El exilio supuso para Mantecón un cambio radical en su vida que, sin embargo y paradójicamente, le permitió desarrollar su verdadera vocación. Así, dejó para siempre la abogacía y la política activa, y orientó sus esfuerzos a la investigación y la docencia, actividades en las que destacó, convirtiéndose en uno de los pilares de la biblioteconomía en México y Latinoamérica.

Los primeros años en México son los de la esperanza del inminente regreso a España, pero poco a poco los *transterrados* se fueron dando cuenta de que el exilio sería más largo de lo previsto, convirtiéndose finalmente en una circunstancia permanente e irremediable. Al tiempo que la ilusión de volver a una España democrática se fue desvaneciendo en el tiempo, la vida en México, el país que recibió a Mantecón incondicional y generosamente, adquirió ritmo, senti-

do y trascendencia. Los primeros años fueron muy difíciles por la estrechez de medios económicos, a la que logró sobreponerse desempeñando los más variados trabajos. Colaboró, entre otras actividades, con el doctor José Puche (3) en el Comité Técnico de Ayuda a los Refugiados Españoles (CTARE), y participó en la fundación del Instituto Luis Vives, en el cual se desempeñó por un tiempo como Director Administrativo.

Casi recién llegado a México, gracias a don Francisco Gamoneda (4), un antiguo emigrado español dedicado a fundar y organizar bibliotecas, Mantecón entró en contacto con los bibliotecarios mexicanos. En estos años se inició también la fructífera colaboración con otro exiliado político, el bibliógrafo Agustín Millares Carlo (5), con quien publicó muchos trabajos, entre ellos, el importante *Álbum de paleografía hispanoamericana de los siglos XVI y XVII* (México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1955).

Entre 1943 y 1946 fue investigador en El Colegio de México y trabajó en la catalogación de libros de los siglos XVI y XVII del rico acervo de la Biblioteca Nacional de México. En 1944 fue presidente de la sección de Archivos del "III Congreso de Bibliotecarios de México" y promotor, junto con otros colegas, de la creación de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas de la Secretaría de Educación Pública, de la cual fue su principal catedrático durante casi veinte años, impartiendo cursos de Bibliología y Paleografía, siendo declarado Profesor Emérito de la misma en 1964.

En el año 1955 se incorporó como investigador a la Universidad Nacional Autónoma de México, primero en el Instituto de Investigaciones Estéticas y a partir de 1958 en la Biblioteca Nacional y el Instituto de Investigaciones Bibliográficas. Sin ningún problema, la universidad mexicana le reconoció sus títulos españoles y le permitió dedicarse sin trabas a la investigación y a la cátedra. Desde el año 1963 fue profesor titular en el Colegio de Bibliotecología y Archivología de la Facultad de Filosofía y Letras, en donde impartió las cátedras de Bibliología, Historia de las Bibliotecas, Bibliotecología Comparada, Catalogación Descriptiva de Archivos y Bibliografía Mexicana. También a partir de 1955 y